



Una tragedia por falta de alimentos y de vergüenza

Es vergonzoso que la corrupción sea una de las causas de la muerte de miles de niños en Colombia.

Una cifra aterradora de 4.770 niños colombianos muertos por desnutrición en los últimos ocho años fue revelada por el procurador Alejandro Ordóñez. Y ese número podría seguir creciendo en los próximos días, pues hay más menores internados en centros de salud de La Guajira por la misma causa y una cantidad indeterminada de casos más sin reportar, situación que ha pasado de ser considerada una problemática de alimentación de un conjunto de familias wayú a un “problema estructural de salud pública”, como afirmó recientemente Cristina Plazas, directora del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar. (Vea el especial multimedia Lo que no comemos: Guajira)

Es claro que el aumento del producto interno bruto no genera per se una mejora de las condiciones de vida de toda la población, ni reduce la pobreza ni la desigualdad, a menos que sea inclusivo y sostenible. Y para lograr tal crecimiento inclusivo se requiere un trabajo directo en las regiones, frente a sus necesidades, sus realidades y sus expectativas.

Resulta paradójico que en un país como Colombia se presenten casos de tanta gravedad como los de La Guajira, preciándonos de ser uno de los más educados de Latinoamérica, terceros en crecimiento económico y uno de los más ricos del mundo en recursos naturales. Es vergonzoso saber que en muy buena medida la corrupción ha sido una de las causas de la muerte de miles de niños.

Viene a la mente el artículo del sacerdote católico de origen brasilero Leonardo Boff titulado ‘Qué es la vergüenza’, en el cual narra cómo una tarde se encontraba Benjamin Franklin, uno de los padres fundadores de los Estados Unidos, en el café Procope de Saint-Germain-des-Près, cuando irrumpió Georges Danton, abogado revolucionario, diciendo en voz alta “El mundo no es más que injusticia y miseria. ¿Dónde están las sanciones?... Señor Franklin, ¿por detrás de la Declaración de Independencia norteamericana no hay justicia ni una fuerza militar que imponga respeto?” Cuenta que Franklin respondió con serenidad: “Se equivoca, señor Danton, detrás de la Declaración hay un inestimable y perenne poder: el poder de la vergüenza”. En su reflexión, Boff afirma que es la vergüenza la que detiene la tentación de violar las leyes y de caer en la corrupción, no por el temor al castigo sino por el sentimiento de la propia dignidad. Dice



Sala de Prensa

Boff que en las sociedades que sufren los estragos de la corrupción hay de trasfondo una cultura que siempre negó dignidad a los indígenas, a los pobres, a los menos favorecidos, “les robó su valor ético, porque la mayoría tiene vergüenza y un mínimo de dignidad”.

La tragedia de los niños muertos por desnutrición crónica en Colombia es, por un lado, resultado de la escasez de comida y agua, pero por otro, de la falta de vergüenza de quienes se han apropiado de recursos destinados a la alimentación. La Guajira, el Chocó y todas las demás regiones del país afectadas por el hambre necesitan más recursos de las entidades gubernamentales, más apoyo del sector empresarial, más solidaridad de la sociedad civil, pero en particular, en el país necesitamos, en el sentido de Franklin, tener más vergüenza.

JOSÉ MANUEL RESTREPO*

Para EL TIEMPO

* Economista, rector de la Universidad del Rosario.

Diario El Tiempo, 28 de Febrero de 2016. Página 5.